

RESEÑA

JOSÉ CARLOS CASTAÑEDA REYES, *Señoras y esclavas. El papel de la mujer en la historia social del antiguo Egipto*, México, El Colegio de México, 2008.

El libro de José Carlos Castañeda sobre los distintos papeles que desempeñaron las mujeres en el Egipto antiguo es resultado de una investigación rigurosa que consumió varios decenios. El reto que se plantea el autor es incorporar nuevas perspectivas de análisis que enriquezcan el paradigma científico de la propia egiptología y que abran no sólo nuevas vetas de estudio, sino también la posibilidad de trascender la descripción de la historia para entrar en el terreno de la explicación. Ya no se trata únicamente de consignar los hechos; ahora se pretende brindar un panorama más amplio que responda —o por lo menos intente dar una respuesta— a diversas interrogantes sobre las relaciones sociales, la vida cotidiana, la estructura del Estado, los conflictos, las movilizaciones, las rebeliones, los mecanismos de control y la violencia.

A la visión estereotipada e incluso frívola de la civilización egipcia como un mundo misterioso, mágico, señorial o majestuoso, se contraponen preguntas sobre el diario acontecer de la vida. Más allá del lugar común que alude a la piedad y los sentimientos religiosos, ¿qué ocurría con las personas concretas, hombres y mujeres de carne y hueso? ¿Cómo transcurrían los días en los sectores populares? ¿Cuáles eran las condiciones de las grandes masas? Y más específicamente, ¿cómo vivían las mujeres? ¿Cuáles eran los mandatos de género y cómo correspondía la realidad a las imágenes ideales de lo masculino y lo femenino? ¿Es posible hablar de igualdad en el antiguo Egipto? ¿Hasta qué grado la potestad legal se traducía en mejores condiciones de vida? ¿Cómo se redefinen las tareas asignadas a las mujeres por la pertenencia a un determinado grupo social? Para responder a estas y muchas otras interrogantes, el autor hace un análisis minucioso de fuentes primarias y secunda-

rias, a las que aplica a veces hasta un punto extremo una revisión exhaustiva de la bibliografía especializada y de los materiales producidos en congresos y otras reuniones de especialistas. Asimismo nos entrega un trabajo que muestra la dedicación sistemática y el rigor que ha caracterizado siempre su producción académica.¹

En esta reseña, abordaremos en primer término la estructura y organización del libro, que permite varias lecturas, sucesivas o simultáneas, según la vocación o los intereses personales. En un segundo momento, exploramos el abanico de posibles lecturas, ya no por la forma sino por el enfoque a utilizar: la historia, el análisis social, los estudios de género. Una vez definido el panorama que nos ofrece la obra, es posible dar el sitio central que le corresponde al estudio del papel de las mujeres en la antigua civilización egipcia. Se anota la tendencia, claramente explicable y en cierta forma irresistible, a idealizar las condiciones de vida de las mujeres egipcias, se vierten algunos comentarios sobre el mundo del trabajo y sus múltiples aristas, los misterios de la subjetividad, la sexualidad y la reproducción, los espacios y los movimientos sociales. Por último, se formulan algunos comentarios finales.

Lecturas simultáneas o sucesivas

Señoras y esclavas, un libro académico, es una obra que en más de un sentido ha recibido el calificativo de monumental. Aun con esa certeza y conociendo el esfuerzo continuo del autor, no deja de llamar la atención que la obra que intentamos reseñar en realidad es más que un libro (no es una metáfora). Hay por lo menos tres libros contenidos y condensados en este trabajo. Para empezar, el texto principal, del que da cuenta el índice y la secuencia temática de los capítulos. En este primer libro podemos transitar de la descripción minuciosa de las fuentes consultadas al lugar que ocupa la mujer en la egiptología, de la

¹Pueden consultarse, por ejemplo, los siguientes libros: *Fronteras del placer, fronteras de la culpa. A propósito de la mutilación femenina en Egipto*, México, El Colegio de México, 2003. *Sociedad antigua y respuesta popular: movimientos sociales en Egipto antiguo*, México, UAM-I, Plaza y Valdés, 2003.

vida cotidiana y el trabajo a la centralidad de la función maternal y el mantenimiento de la casa, de la capacidad legal y el reconocimiento de las mujeres como herederas y propietarias al mundo de la religión y los rituales, de la revolución social a los mecanismos de control, de los movimientos populares a la violencia en la vida diaria. Las páginas que conforman este primer libro ofrecen material abundante para la reflexión y el estudio sistemático. Aquí se consignan hechos históricos, se explican relaciones de causalidad, se facilita una aproximación a las fuentes y se plantean conclusiones con absoluto rigor. Este libro, además, se lee, se relee y se consulta. Tal es su riqueza.

El segundo libro ocupa otro sitio. Es el infratexto. Más de mil cuatrocientas notas a pie de página. Las llamadas constantes a bajar la mirada cumplen sin duda la función de aclarar, puntualizar, ampliar, ejemplificar y referir la fuente de diversos aspectos de los temas desarrollados. Además, existe en su propia dimensión como una unidad. Si alguien decidiera leer únicamente los centenares de notas que habitan la parte inferior de las páginas, tendría frente a sí un cúmulo de información sustanciosa, sintética y sólida. Ni un solo vocablo de desperdicio. Esta segunda lectura permitirá una aproximación consistente al tema fundamental de la obra y, desde luego, requerirá concentración.

El tercer libro está formado por la enumeración de las fuentes consultadas: libros, artículos, ponencias, material de congresos, poemas. La evidencia arqueológica abarca tumbas, figurillas de barro, monumentos, relieves, papiros. Más de cien páginas que nos remiten a un mundo fascinante cuyo descubrimiento, exploración y cuidadoso desciframiento, Castañeda nos ofrece en el conjunto de la obra. Este tercer libro nos da una idea de la intensidad del viaje, o viajes interminables, de un egiptólogo comprometido.

En esta primera aproximación se abre un abanico de lecturas. Se pueden leer los tres libros a la vez, alternando el texto, las notas y las fuentes. Se pueden elegir dos —por ejemplo, el texto principal y la bibliografía— y dejar las referencias a pie de página para una lectura posterior, que permite recrear la narración principal con el placer que brindan los acercamientos posteriores. *Señoras y esclavas* ofrece así tres libros que, simul-

tánea o sucesivamente, son susceptibles de lecturas, relecturas y muy variadas consultas.

Otras posibles lecturas

Los tres libros que integran *Señoras y esclavas* ofrecen, a su vez, por lo menos tres posibles lecturas. Es una investigación histórica con grandes posibilidades para el análisis social y, desde luego, una aportación fundamental al campo de los estudios de género. La pregunta sería entonces, ¿cómo abordar este trabajo? Una primera posibilidad es subrayar el carácter histórico de la investigación y advertir los desafíos que se plantea. La Escuela de los Anales ha subrayado la importancia de rescatar las voces de los olvidados, los “sin historia”. Se trata de recuperar los hechos no registrados —los espacios, los tiempos, las personas, los discursos— y en especial, de darle un sitio a la aparente frivolidad de la vida cotidiana. Castañeda responde a este reto con profundidad clara. Interroga las fuentes hasta el extremo para encontrar, dentro de esas voces olvidadas, las de las mujeres: señoras y esclavas. Y junto con las grandes figuras femeninas, la presencia de agricultoras, pescadoras, sirvientas, artesanas, plañideras, prostitutas, hechiceras, sacerdotisas, escribas, médicas.

Una segunda aproximación al texto puede formularse desde el análisis social. Esta óptica enfoca, de manera central, los movimientos populares, con énfasis en la revolución social de fines del reino antiguo (2686-2125 a.n.e.), los aparatos ideológicos utilizados por las elites en el poder y los diversos mecanismos de control social, específicamente, sobre las mujeres.

Una tercera lectura, fundamental en el panorama actual de las ciencias sociales, deriva de los estudios de género. En este campo, el libro de José Carlos Castañeda tiene méritos importantes. El primero y más notorio es dar visibilidad a las mujeres. Precisamente esa fue la primera tarea que se planteó como impostergable entre las historiadoras (y los pocos historiadores) que reconocían la centralidad del género para un análisis incluyente y comprehensivo. ¿Dónde encontrar a las mujeres en esa historia de gobiernos, guerras y conflictos políticos? ¿Cómo recuperar no sólo su participación en las luchas sociales,

sino también su vida cotidiana? ¿Qué pasaba con las mujeres concretas, comunes y corrientes en las distintas sociedades, que la historia tradicional retrata de manera fragmentaria?

Castañeda propone algunas respuestas a estas interrogantes en Egipto antiguo. No sólo hace visibles a las mujeres, sino que además les otorga la calidad de protagonistas, creadoras y artífices de su propia historia. Al recuperar sus voces, existen mayores posibilidades de tener el cuadro completo de las relaciones sociales y abordar, desde otro ángulo, el poder y las desigualdades. Sólo así podemos preguntarnos sobre los papeles que desempeñaron en esa civilización.

Las mujeres en el antiguo Egipto

Sin duda, existe una tendencia a idealizar las características de la antigua civilización egipcia y, en particular, las condiciones de vida de las mujeres. La visión de Heródoto de un pueblo religioso, definido por la piedad y marcado por la justicia, no resiste un análisis minucioso. Este historiador clásico veía a las mujeres egipcias como dominantes. En sus descripciones, las mujeres eran comerciantes y los hombres sacerdotes. Según Diodoro Sículo, la mujer controlaba a su esposo y por lo tanto, la vida pública también.²

En el campo de los estudios de género, suele tomarse como punto de partida la igualdad jurídica de las mujeres³ y derivar de este hecho, sin duda excepcional, la visión idílica de una sociedad plenamente equitativa. Las mujeres en el antiguo Egipto gozaban de capacidad legal, podían recibir herencias y, además, eran propietarias. Estos tres aspectos, fundamentales en el reconocimiento de los derechos y la construcción de relaciones sociales igualitarias, aun en la actualidad en muchos países, cons-

² Ciertamente, esta visión del poder detrás del trono, que suele atribuirse a las mujeres y que se basa en el control, manipulación, chantaje o simple consejo al marido, es un argumento recurrente para ignorar la desigualdad y seguir limitando sus derechos. No es la consignación de un hecho histórico sino una postura ideológica.

³ Simone de Beauvoir hace toda una apología de la igualdad de género en el antiguo Egipto. *El segundo sexo. Los hechos y los mitos*, México, Alianza editorial siglo veinte, 1990 (original escrito en 1949).

tituyen metas por alcanzar. La sola idea de que en una civilización antigua, de las que nos separan varios milenios —unos 45 siglos—, hombres y mujeres hayan tenido condiciones igualitarias, no sólo es atractiva. Puede resultar incluso fascinante. Por ello, no es de extrañar que la tendencia a idealizar se extienda de una manera suave y persistente. Sin embargo, en algún momento, es necesario despertar del sueño —dulce, atractivo, hipnotizante, pero sueño al fin— y mantener una mirada realista. Las mujeres en antiguo Egipto tenían igualdad jurídica y también responsabilidades variadas, pero existía una clara diferencia de género. Sin duda, había más igualdad que en otras civilizaciones, pero es importante introducir algunos matices; las egipcias destacan por su participación si se las compara, por ejemplo, con las griegas. Para los atenienses, las mujeres eran necias y amenazantes a la comunidad.⁴

Por otra parte, si bien incursionaron en distintas actividades, no estaban exentas de sufrir algún tipo de discriminación en el ámbito laboral. Su principal tarea era la de ser madres y señoras de la casa. Su participación en los movimientos sociales fue clara y decidida, pero también resintieron la represión posterior. La famosa reina Hatshepsut (Dinastía XVIII) fue objeto de burlas y condenas por razones de género. En síntesis, existía mayor igualdad que en muchas otras sociedades, pero el estatus de la mujer era francamente ambiguo.

Multiplicidad de funciones

Las mujeres tenían acceso a la propiedad y recibían herencias. Eran dueñas y administradoras de la tierra, celebraban contratos de pensión y actuaban judicialmente. La capacidad legal reconocida y ejercida coexistía con diversos esquemas de segregación social.

Las mujeres trabajaban en distintas actividades, se desempeñaban en variadas profesiones y oficios. Se dedicaban a la agri-

⁴La sociedad ateniense también rechazaba a las persas, a quienes consideraba malévolas y peligrosas. Algunas de ellas, pertenecientes a las elites, tenían gran reconocimiento.

cultura, la recolección de lino, la pesca y la caza (de pato). En otras áreas laborales, encontramos la panadería, la elaboración de cerveza (no de vino), la cerámica, la industria textil y la perfumería. Había mujeres peinadoras, tejedoras, jardineras y nodrizas. Había también escribas —administradoras públicas o privadas—, médicas e incluso supervisoras de médicas. Una actividad poco conocida es la de guardia o guardaespaldas. Según el autor, es muy probable que en el harén real hubiera muchas mujeres desempeñando esta tarea, pero se conocen pocos ejemplos. Uno de ellos es la hija de Raramu, “guardián de palacio”, y Jufuanj, cuya madre también fue guardiana.

En el mundo del arte, las mujeres exploraron la música (arpa, flauta, clarinete), la danza y el canto. Eran entrenadas, sobre todo, en cantos religiosos. Además, hay que decir que algunas escenas musicales tienen detalles de gran significación erótica.

Las mujeres estaban presentes en una amplia gama de tareas y funciones. Sin embargo, el papel más importante era el de esposa y madre. La finalidad del matrimonio era fundar una casa, y por ello la vida conyugal exitosa constituía un ideal. La mujer casada conservaba su nombre; si se divorciaba o el marido la abandonaba, recibía una indemnización. De los bienes del matrimonio, al menos un tercio era para la mujer. Entre las causales de divorcio, el adulterio y la esterilidad ocupaban lugares centrales. Esto indica la preocupación por la fertilidad y por el mantenimiento de la familia, como muestran algunos rituales de cohesión del grupo. Además, dado que la esperanza de vida de las mujeres era apenas de 26 años, la reproducción era central. De manera poco sorprendente, había altas tasas de mortalidad materna que coexistían con los decesos por osteoporosis, artritis y enfermedades infecciosas. La ginecología era importante; hay indicios del uso de espermaticidas y tapones vaginales para prevenir embarazos no deseados. Se tomaban acciones para evitar las estrías. Se usaba también una especie de purificación postparto.

Es interesante advertir que la sexualidad se separaba claramente de la reproducción. Las mujeres egipcias podían mostrar libremente su sexualidad; tener relaciones con un hombre se consideraba una verdadera terapia de salud para el cuerpo

femenino. En otras palabras, se reivindicaba el placer *per se*. Hay representaciones de cópulas que así lo indican. Con estos hallazgos, es casi inevitable retomar la tendencia idílica a considerar la sociedad del antiguo Egipto como un mundo perfecto para las mujeres. Y si agregamos que se conocen algunos casos de poliandria (por ejemplo, de una mujer con seis esposos), es muy difícil recuperar un ánimo de crítica.

El mundo de la subjetividad

Aquí encontramos plañideras, adivinatoras, hechiceras, poetisas. Entre todas las actividades en las que incursionaron las mujeres egipcias, destaca la adivinación. Se les llamaba “mujeres sabias, conocedoras...” En una referencia del *Libro de los muertos*, una adivinadora formula el siguiente enunciado: “Yo soy la mujer que esclarece las leyendas”. Ciertamente, había una gran confianza y credibilidad en las habilidades de las adivinatoras y hechiceras, que gozaban de prestigio social y alguna forma de poder. Al parecer, existían en todas las comunidades para resolver cualquier problema; se les consultaba, por ejemplo, para decidir el nombre que llevaría un recién nacido, que sería determinante en su vida, así como diversos asuntos sobre el destino. Las adivinatoras cubrían la necesidad de preservar la tradición oral, los mitos y las leyendas del grupo.

Cuando una hechicera moría, los instrumentos de su profesión se enterraban junto con el cuerpo; entre esos objetos figuraban, por ejemplo: “una piedra ojo de gacela en una canasta, un pequeño cofrecillo de madera y marfil con piedras rosas y verdes, tierra perfumada guardada en un saquito de lino” (p. 153). Las niñas acudían a las fiestas de las divinidades, eran servidoras y plañideras. Esta tradición aún pervive.

Al abordar el tema de la mujer y la religión, es importante aludir a Bes y Hathor. Bes es un protector y un demonio infernal a la vez; es un enano grotesco, un híbrido. Protegía a las mujeres, a los menores, a los débiles. Se le asocia también con el placer erótico. Hay representaciones de Bes con pene. Hathor es la diosa del amor, señora de la alegría, la danza, la música, la

embriaguez; recibe ruegos para superar la infertilidad y proteger al fruto. Algunas figurillas de fertilidad están orientadas al placer sexual. Las mujeres debían despertar el deseo masculino, para que el hombre cumpliera con su deber de fertilizar.

En los rituales funerarios hay algunas sacerdotisas y “sirvientas del Ka”, supervisoras de los sacerdotes funerarios. En el primer periodo intermedio y durante el reino medio, se democratizaron las costumbres funerarias, lo que implicó que cualquier integrante de la sociedad egipcia podía alcanzar la vida eterna en el más allá. Hombres y mujeres populares lucharon y obtuvieron este derecho.

La escritura exigía un conocimiento especializado. Se utilizaba un método basado en la memoria y la repetición. Algunas mujeres sabían escribir y lo mostraban en cartas, recetas y, de manera destacada, en la poesía. Había también poemas recitados por mujeres. El siguiente es un ejemplo de la sensibilidad manifiesta en la poesía amorosa, y la libertad de las mujeres para expresar su sexualidad: “La vista de ti hace brillar mi corazón/ Amado señor de mi corazón/ Qué hermosa es mi hora contigo/ ¡Mi corazón no está saciado todavía de hacer el amor contigo!”

Movimientos sociales

Las mujeres no sólo participaron en muy diversas actividades cotidianas, sino también en acciones sociales concretas. Destaca la rebelión violenta. Aunque se cuestiona la existencia de verdaderos movimientos sociales en la antigüedad, y la propia revolución social de fines del reino antiguo no es aceptada por muchos autores, existen elementos claros que permiten probar su historicidad. Hubo muchos conflictos que modificaron la vida social y que marcaron el surgimiento de luchas populares de las masas egipcias por mejores condiciones.

La revolución social fue muy violenta. Al hablar de luchas sociales, junto con la revuelta de los trabajadores, se habla de la ruina de los acomodados. Las rebeliones eran realmente cruentas. Mujeres pobres, esclavas, trabajadoras que habían recibido castigos corporales participaban en las movilizaciones. Las es-

clavas se vuelven poseedoras de espejos. De hecho, uno de los principales grupos rebeldes estaba formado precisamente por mujeres. Las mujeres nobles son uno de los blancos principales en los ataques de la segunda rebelión.

Sin embargo, los logros fueron mínimos. El Estado utilizó nuevos mecanismos de control violento e ideológico que desde luego afectaron a las mujeres. Los sectores dominantes se apropiaron de las demandas populares y las incorporaron en políticas públicas para evitar estallidos sociales. Además, en el primer periodo intermedio las mujeres perdieron igualdad; quedaron bajo tutela del padre, del marido o incluso del hijo mayor, aunque la capacidad de heredar seguía siendo una posibilidad. Volvieron a recibir castigos físicos, se difundió una imagen de la mujer maliciosa e incluso perversa. Paralelamente, se idealiza a la buena mujer, casada y fiel, apoyo del hombre. En el imperio nuevo, la mujer recupera su independencia.

El viaje continúa

En algún momento, inevitablemente, se llega a la última página. La fantasía de un mundo igualitario no se desmorona; sólo se redefine. No hay una caída estrepitosa, sino la aplicación de un lente que permite una visión más clara, sin imágenes borrosas ni manchas inexplicables. Ahora ya sabemos que las mujeres en Egipto antiguo vivieron en condiciones extraordinarias para su época, en relación con el reconocimiento y ejercicio de sus derechos: el acceso a la propiedad, la posibilidad de recibir herencias y, la capacidad legal en muchos aspectos de su vida son ejemplos claros de ello. Sabemos también, que este panorama de equidad genérica tiene que matizarse en todos los ámbitos. Y entonces, con una aproximación más cautelosa (sin exageraciones ni omisiones), podemos reconstruir la presencia de las agricultoras, las pescadoras, las recolectoras de lino y las cazadoras; podemos imaginar a las jardineras, las peinadoras, las panaderas. Hacemos un alto para considerar también las representaciones de la señora de la casa, papel central en la vida de las egipcias; podemos recrear la función de la maternidad y asombrarnos ante los alcances de la ginecología, junto con los

rituales de purificación posparto y el cuidado del cuerpo. Y en este punto, volvemos la vista, ya no con asombro, sino con absoluta sorpresa, al terreno de la sexualidad; la reivindicación del placer femenino ha implicado debates interminables, y aun ahora se cuestiona, rechaza y reprime.

Con este nuevo entusiasmo, recuperamos las voces de las adivinatoras, imaginamos a las sacerdotisas y reconstruimos el entierro de las hechiceras, mujeres reconocidas en su sociedad y su tiempo, y le damos un sitio especial a la poesía amorosa, donde está contenida la dulzura y sensibilidad de las palabras de las mujeres.

La obra de Castañeda nos permite conformar una visión, nítida e incluyente, de las mujeres en esta extraordinaria civilización antigua. Nos brinda un panorama espléndido de la vida cotidiana y también de los conflictos sociales. La participación de las mujeres en los movimientos sociales, decidida y enjundiosa, dio resultados magros; las condiciones de igualdad formal palidieron hasta convertirse en un esquema de tutela de los varones de la familia, aunque en el imperio nuevo se da una cierta recuperación de independencia.

Llegamos al final, el libro “no se cierra”. Es el momento de detenernos a elegir la siguiente lectura. Podemos volver al infratexto y recuperar los detalles de los sucesos analizados. Podemos recrear las fuentes y con ello imaginar el trayecto recorrido por el autor. Podemos releer una y otra vez los distintos pasajes de la historia social protagonizada por *Señoras y esclavas*. Sería el momento de alzar una copa de vino y proponer un brindis. En honor a las antiguas egipcias, que no participaban en la elaboración de vino, pero sí de cerveza, podemos levantar el tarro espumoso y refrescante y brindar por la continuidad del viaje. En esto hay algo más que una metáfora: el viaje continúa.

Marta Torres Falcón
Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco